

Mary Karr, la mujer que fue Sísifo

De lo peor puede salir lo mejor, Mary Karr lo consigue en unas memorias cargadas de infancia y adolescencia

El club de los mentirosos
Mary Karr



Periférica & Errata
Natura, 2017
517 páginas
21,85 euros
★★★★

LAURA FERRERO

Poco antes de que la madre de Mary Karr muriera, el hombre que le estaba arreglando la cocina encontró un agujero con un agujero sospechoso. Le dijo: «¡Señora Karr, esto parece un agujero de bala!». La hermana de Mary intervino: «¿Esto no es de cuando le disparaste a papá? La madre refulió y respondió que no: "A tu padre le disparé ahí"». Esta anécdota fue el detonante de estas espléndidas memorias que se leen como una novela, *El club de los mentirosos*, en las que la escritora Mary Karr (Texas, 1955) disecciona la palabra familia.

Cuando Mary era ya una adulta, acuciada por la necesidad de dinero –quería comprarse un coche–, empezó a hacer un ejercicio que no sabía hacia dónde la llevaría. Los griegos lo llaman catarsis. En su caso, lo que hizo fue contar cómo se pudre una familia y escribió acerca de los secretos de los suyos, y al hacerlo descubrió algo muy poderoso: que lo que más le quemaba era la vergüenza de lo escondido. Las catástrofes, asumibles, ya casi domesticadas, puestas en negro sobre blanco, ardían menos. No había truco de magia, es decir, el monstruo no desaparecía. Mary Karr encendió la luz a su pasado.

Asumir la lotería del propio pasado no es tarea fácil. En la faja del libro se dice que estas memorias se leen «entre la tristeza más honda y la risa más sincera». Si es cierta aquella máxima de Woody Allen que dice que comedia es igual a tragedia más tiempo, aquí cobra

más vigencia que en ningún lado. Porque parece imposible reírse de situaciones tan grotescas como las que relata. Pero es su humor, esa escritura ácida y a la vez tierna la que convierte este libro en lo que es, una oda de amor a lo imperfecto.

En *El club de los mentirosos* aparece continuamente su hermana Lecia («Cuando mi hermana se decida a escribir sus memorias yo siempre apareceré vomitando, haciéndome pis encima o llorando»), porque Lecia es la que coge las riendas de la cordura en una casa que es de todo menos un hogar. Una casa en la que una abuela despota muere de un terrible cáncer, la madre, una mujer torturada por su propio pasado, alcohólica y adicta a las metanfetaminas, termina cogiendo a sus hijas y abandonando al padre en una suerte de macabra huida hacia adelante.

Lágrimas ajenas

Mary Karr no es una superviviente dickensiana, ni este es simplemente el relato de una infancia hecha jirones. Este libro es una demostración de que los dramas de infancia no condenan a nadie al pabellón psiquiátrico, si acaso condenan a escribir unas memorias, a escribir *El club de los mentirosos*. Como cuenta Karr, cuando la publicó y se convirtió en *bestseller*, «me movía de ciudad en ciudad con la

sensación de que se creaba una comunidad a mi alrededor». En las firmas, se llevaba cajas de Kleenex con ella porque la gente se sentía muy identificada con lo que contaba. Ante las lágrimas ajenas solía bromear: «¿Ha sido tan decepcionante conocerme?»

La primera frase que aprendió Mary Karr en francés fue *il faut souffrir*. Su madre le leía *El Mito de Sísifo* de Camus y al terminar el relato, esperando el final feliz, Mary se quedó perpleja. No había moraleja del absurdo. El desdichado personaje que carga una roca infinitamente realiza la misma tarea que los humanos en un bucle infinito. Mary Karr se convierte en el Sísifo que, en lo alto de la montaña, se da cuenta de que no puede convertir el absurdo en no-absurdo. Pero puede hacer otra cosa: contarle y darle un sentido. Y eso ya es más de lo que el propio Sísifo hizo.



La escritora norteamericana Laura Kasischke en una de sus clases

Lo que la familia y la Navidad te reservan

Esta narración de Kasischke pide a gritos ser llevada al cine, como se ha hecho con otras de sus historias

Una noche de invierno
Laura Kasischke



Trad.: Palmer Salamandra, 2017
219 páginas
17 euros
E-book: 11,99
★★★★

MERCEDES MONMANY

Autora de una inquietante y espléndida obra, Laura Kasischke (Grands Rapids,

Michigan, 1961), muy seguida y leída en otros países europeos como es el caso de Francia, es casi una total desconocida en España. Poeta desde sus inicios –género por el que obtendría los más altos reconocimientos– progresivamente ocuparía un lugar cada vez más importante dentro de la narrativa.

Especialista en *thrillers* psicológicos en los que mantiene un sabio, ambiguo y magistralmente dosificado equilibrio en-

tre oscuros secretos interiores y un mundo que roza sin cesar lo sobrenatural, sus protagonistas a menudo alternan turbulentas culpas inconfesables instaladas en lo más recóndito de su mente con una aparente y doméstica calma. Nada es lo que parece en las sorprendentes e impactantes historias de vidas corrientes y ordinarias, asentadas a menudo en el entorno de una naturaleza de cambios repentinos y brutales, propias de esta estupenda escritora. Una autora que en ocasiones ha sido relacionada, a pesar de sus notables diferencias, con esa gran maestra americana que es Joyce Carol Oates.

Estilo minimalista

Excelente recreadora de atmósferas casi minimalistas y claustrofóbicas, y a la vez magnífica retratista de indescifrables y enigmáticos interiores femeninos, en esta novela, el punto de partida está envuelto una vez más en una aparente y engañosa calma. El día elegido tampoco podría ser más convencional: Navidad, para la que se está preparando una familia de clase media, en una casa aislada, azotada en esta ocasión por una de las muchas tormentas de invierno en este lugar.

Una madre, antigua poeta que un día dejó de escribir, an-

gustada por no poder trasladar sobre el papel sus inquietudes de antaño, se queda bloqueada por la nieve en su casa junto a su hija adolescente, Tatiana, adoptada hace trece años en un orfanato de Siberia. Hoy, misteriosamente, ese lugar extraño y remoto, del que apenas sabían y aún saben nada, parece hacerse más presente que nunca. Nada más despertarse, Holly, la madre, aún envuelta en la bruma del sueño, presa de una enorme confusión, ha tenido una certeza que se repetirá en su cabeza como un eco obsesivo y siniestro a lo largo de esa jornada: «Algo los había seguido desde Rusia».

Al mismo tiempo, extrañas y desconcertantes coincidencias, enumeradas una a una, revolotean sin cesar por su mente aterrada, quizá propias de alguien poco a poco en el límite de lo perturbado, o quizá tan sólo auténticas y desconcertantes casualidades sin ningún nexo en común. Holly, la madre estéril que un día abandonó «la costumbre», la paz interior y capacidad sosegada de reflexión que le proporcionaba la escritura, acosada por fantasmas y dudas, contempla hoy de repente cómo su hija Tatiana se ha convertido en una perfecta extraña. En un espíritu agresivo, casi maligno, que parece culparla de algo y remitirla sin cesar, con una amargura ausente por completo del cariño y la dulzura de otras épocas, a universos desconocidos.